

1. LA LEYENDA DEL PASADO



Un milenio después, el Reino del Este se preparaba para los meses más duros del invierno, pero el frío no era lo que más inquietaba a sus habitantes, sino más bien un asunto político. Cada año, el rey Carl tenía la costumbre de trasladar su corte al continente para huir del frío de las montañas. La ausencia del monarca dejaba en la ciudad un clima de histeria, como si se avecinase lo peor. Sin embargo, el reino no era el único territorio con problemas.

El Imperio de Esigkma se reponía lentamente de una crisis de más de cien años a causa de una guerra civil que acabó con la escisión de las tierras al sur del río Narden. El nuevo territorio se autodenominó Las Ciudades Independientes, que basaron su estructura en el antiguo modo de gobierno del extinto Reino de Esigkma. Estas ciudades acabaron por adherirse a la Oposición, constituyendo el brazo armado de la organización en la lucha contra su enemigo común. Ajenos a lo que los mandatarios de los cuatro territorios llamaron «un equilibrio incómodo», los habitantes de Darret, la capital del reino, vivían aislados en la península de Vorkma.

Aquella mañana de frío invernal, Aren abrió los ojos y vislumbró una pequeña estancia con paredes de madera. A su mente acudieron recuerdos de la noche anterior: se había quedado en casa de su amigo Jonás hasta la medianoche, cuando su padre fue a recogerlo. Se levantó lentamente para no caer al suelo, salió de su habitación y caminó con sigilo por el pasillo hasta llegar a un escueto lavabo. Sonrió al ver en el cuenco de agua fresca el reflejo de un joven de quince años de pelo rubio y tez blanca. Con la esponja que tenía al lado, recorrió cada centímetro del metro ochenta de altura que tenía hasta sentirse fresco como un roble. Luego, tras volver sobre sus pasos y vestirse en su habitación, cogió el

pasillo hacia el extremo contrario, llegando a la cocina, donde una mujer pelirroja de mediana estatura y con la cara blanca lo saludó con una tierna sonrisa.

—Buenos días, madre. —Se sentó en la mesa que había a espaldas—. Hoy hace un perfecto día para cazar.

—Ya te dije ayer que no me gusta que salgas en estas fechas. —Su madre se quitó el delantal que llevaba puesto y dio la espalda a las verduras que estaba cortando—. No creas que no sé lo que ocurre fuera de la ciudad. —Estiró su brazo para coger un plato con varias tostadas y se lo entregó a su hijo—. Si ves a tu padre cuando salgas, dile que iré al mercadillo de la plaza.

—Si vas a comprar más prendas solo porque los videntes dijeron que iba a ser un invierno duro... —Su hijo no pudo evitar reír mientras masticaba.

Su madre sabía cuánto dudaba de las predicciones de aquellos charlatanes.

—Me da igual —replicó de mala gana.

Automáticamente, su hijo masticó con la boca cerrada.

—Más vale prevenir que lamentar. Tú avísale y ten cuidado ahí fuera. Si cazas algo, asegúrate de que te dejen llevar un buen trozo.

—Lo intentaré. —Su hijo se levantó de la mesa arrastrando la silla, lo cual provocó un movimiento de cabeza de su madre, que negaba.

—Tómate esto. —Le entregó un tazón de leche—. Está recién caliente.

Su hijo la bebió de un trago a pesar de la advertencia.

—Coge el abrigo antes de salir de casa.

Más que un abrigo, era una suerte de gabardina ennegrecida heredada de su padre, lo cual explicaba por qué estaba un poco desgastada. Le cubría hasta la cintura y le venía un poco ancha.

—¡Y ten cuidado! —fue lo último que alcanzó a oír de su madre al salir de casa y doblar la esquina a la izquierda.

La capital del Reino del Este presentaba un aspecto invernal. Las casas estaban cubiertas de nieve y la escarcha abundaba por doquier. La ciudad no era gran cosa, ni siquiera tenía más población que las restantes del reino, pero por cuestiones históricas, que Aren no alcanzaba a

comprender, acabó siendo la capital desde la fundación del reino. La mayoría de sus edificios eran de dos o tres pisos. Lo único que sobresalía entre la maraña de calles era la torre del campanario de la Plaza Mayor, el Palacio Real al norte y la prisión al noroeste. Quien pasease hacia cualquier dirección se encontraría a menos de quince minutos con los campos nevados que bordeaban la ciudad. Más allá localizaría la muralla que flanqueaba la villa por el sur, mientras que por el norte lo hacía la cordillera de las Datmen, la cual podía verse si uno alzaba la vista hacia donde estaban.

Sus andares lo llevaron hasta un edificio en construcción cerca de los campos. Había varias personas trabajando en unos rústicos pero efectivos andamios. Aren entró en el vestíbulo y llegó hasta un hombre cincuentón, alto, con una barba sin afeitar desde hacía mínimo una semana y pelo gris, de ojos verdes como los suyos.

—Ya era hora de que aparecieras. —El hombre arrastró su larga vestimenta blanca manchada de polvo sin despegar sus ojos de unos pergaminos que había sobre una mesilla de madera—. ¿Vas a irte hoy?

—Sí, padre —dijo con voz seca.

—Muy bien.

Su padre trabajaba como maestro de obra en la ciudad. Durante años había dirigido y supervisado la mayor parte de las construcciones y restauraciones acometidas en los últimos diez años. Se había labrado una reputación, tenía un equipo a su alrededor y era conocido en toda la península. A pesar de su fama, Su Majestad había preferido contar con la ayuda de gente extranjera para acometer obras en el Palacio Real, hombres de la lejana Manath o incluso que hubieran trabajado para el Imperio. Acertada o no, esa decisión había dejado una espina clavada en el corazón de su progenitor.

—Ten muchísimo cuidado. Acuérdate de volver antes de que se ponga el sol. No me gustaría que vinieran los guardias a decirme que mi hijo se ha quedado fuera de la ciudad. —Como era costumbre, en invierno la ciudad cerraba sus puertas al caer el sol—. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua. Antes de que caiga la luz del sol.

No se miraron a los ojos.

—Esta noche hay un acto en la plaza. No me lo quiero perder. —Iba a salir del lugar cuando recordó a qué había venido—. Por cierto, mamá me ha dicho de ir al mercadillo a comprar prendas para el invierno.

No esperó a ver el típico gesto de su padre cuando oía que su madre iba a comprar ropa para pasar la estación. Sus pasos lo condujeron a la armería donde todos los días cogía su arco. La costumbre en la ciudad de Darret marcaba que los cazadores debían pasar obligatoriamente por la armería más cercana para dejar el arma y solo recogerla cuando volvieran a cazar. El objetivo, en palabras del rey y sus hombres, era evitar que hubiera más armas de las que debía en la ciudad.

La caza lo era todo para él. Hacía un año que había dejado la escuela, para decepción de sus padres. Aún recordaba el día que llegó de la escuela con la determinación de no seguir estudiando a pesar de ser un alumno medianamente aplicado. No pasaba ni una sola jornada en que no rememorase los gestos y la larga conversación que había tenido con sus padres, pero Aren era un muchacho de ideas fijas. Su padre, sumido en la decepción, no comprendía cómo su hijo había decidido apartarse de los libros para dedicarse a observar el entorno y esperar el momento para matar a su presa. Su decisión tenía un porqué. Desde pequeño había observado a los cazadores regresar con las piezas de carne que habían logrado tras largas jornadas de viaje, con las anécdotas consecuentes. Para él, aquella profesión podía ser un puente hacia lo que verdaderamente deseaba: viajar.

En la soledad de su habitación, mientras estudiaba o lo fingía, se imaginaba viajando por lugares recónditos, esos que oía en la taberna cuando estaba con sus padres. Lugares llenos de cultura, belleza y vida. Lugares, en definitiva, lejanos, pues él estaba en casa con sus padres...

Mientras esperaba ese momento se contentaba con ir a cazar, independientemente del día, la aparición del sol, la lluvia o la nieve. Daba igual. Aren era el cazador más joven de la ciudad y el más temprano. Pasar faenando una media de seis horas al día le permitió conocer la región cercana a la ciudad en cuestión de semanas, y pronto aprendió a qué zonas debía ir.

Sin embargo, había dos cosas que los demás cazadores tenían y él no: veteranía y puntería. Por ello, apenas había cazado cuatro piezas en

las últimas semanas. Vivía de la amabilidad de sus compañeros, quienes le proporcionaban las sobras y así evitaba una bronca con su padre que implicase un retorno obligado a la escuela. Hasta la fecha, todo sea dicho, su padre no sospechaba nada.

Esa misma mañana el sonido de los pasos de un ciervo le hizo pensar que ese día iba a ser diferente. Apenas habían pasado diez minutos desde que había cruzado las murallas y se había internado en el pequeño bosque que había a la derecha del camino. Llevó su mano al carcaj que llevaba a su espalda, se apoyó en el árbol más cercano y con sigilo apuntó a su objetivo. Su presa no se había percatado de su presencia y mordisqueaba la nieve en búsqueda de alimento. La respiración de Aren se entrecortó y sus manos temblaron de sudor.

—¿Cómo vas a dedicarte a la caza si nunca has cogido un arco en tu vida? —El eco de su padre se repetía en su mente cada vez que iba a apuntar.

Quizás por eso, nervioso, no vio el trozo de rama que sobresalía de la nieve, aquella que pisó y puso al ciervo en alerta. Solo un instante después, la flecha salió disparada cuando el animal se precipitó veloz en dirección contraria. Fue entonces cuando el joven cazador se maldijo a sí mismo, buscó el rastro del animal y, resignado, tuvo que conformarse con buscar la saeta usada antes de reanudar la marcha.

Otro día más, pensó. Por suerte para él, un compañero le prestó una pieza que no iba a poner en venta en el mercado. Más suerte tuvo cuando, al llegar a escasos metros de casa, olió que su madre había aprovechado las sobras y había hecho un caldo. Su padre le abrió la puerta nada más tocarla con los nudillos.

—Hoy cenaremos tarde —anunció.

Aren fue a emitir un quejido. Su estómago rugió. Apenas había comido unas bayas en todo el día.

—Puedes ir a la plaza si lo deseas. Lom contará otra de sus aventuras.

El hombre al que su padre se refería era un anciano que había pasado gran parte de su vida en el continente y dedicaba su vejez a contar historias propias o ajenas. Sus oyentes, de todas las edades, se preguntaban cuánta verdad había en sus relatos. Conocido por todos, aquel amable

señor era capaz de dialogar durante horas con cualquier viandante, ya fuese en la calle o en las tabernas. De entre todos, con quien más congeniaba era con el padre de Aren, quien lo había invitado infinidad de veces a cenar y lo consideraba un miembro más de la familia. Tal vez por eso, el muchacho jamás se atrevió a preguntarle a Lom qué opinaba sobre su decisión de dejar la escuela, a sabiendas de las largas charlas que su padre había tenido con su viejo amigo por ello.

—¡Buenas noches!

Habían colocado una tarima de madera en medio de la plaza. El anciano ya estaba en medio de ella sentado en una gran silla, ataviado con ropajes marrones y apoyado sobre un garrote gastado. Sus labios, escondidos tras una barba blanca como la nieve que llegaba hasta su cuello, describieron una amplia sonrisa al ver el amplio grupo que se agolpaba en la plaza.

—La verdad es que tenía pensado contar una historia bien distinta, pero viendo que él no está entre nosotros creo que podemos cambiar el programa.

Se hizo un silencio sepulcral en el lugar. El hombre se alzó lentamente y se desplazó hasta el borde de la tarima. Sus ojos recorrieron el lugar y por un ínfimo instante se cruzaron con los de Aren.

—Bien, empezamos. —Respiró profundamente, mojó sus labios con la lengua y mantuvo un instante más la expectación—. Nuestra historia comienza hace mil años en el reino libre de Esigkma, donde los guerreros Tamak eran los guardianes de la...

La narración se interrumpió al sonido de una espada sacada de su vaina. Un murmullo estalló cuando dos guardias irrumpieron por ambos extremos de la tarima y cogieron al anciano por los brazos. La multitud silbó como signo de desaprobación; otros, los menos, aplaudieron. Desde su posición, Aren observó cómo el anciano se tambaleaba mientras bajaba los peldaños y se perdía de vista entre el gentío.

—Iba a contar la historia de los Tamak —oyó Aren a su izquierda—. Ya se lo avisaron hace tiempo. Al final lo han detenido.

—No es la primera vez ni será la última —comentó otra voz.

—Solo es un anciano —exclamó una mujer.

El tumulto de la gente arrastró a Aren a una de las calles que se abrían desde la plaza. Ágilmente, se escabulló y regresó a casa mientras una extraña sensación que no sentía desde hacía meses lo reconcomía: quería saber cómo acababa la historia de Lom. Por primera vez en mucho tiempo pensó en ir a la biblioteca y buscar información por sí mismo.

—De ninguna manera —le contestó su padre cuando Aren acabó de contar qué había sucedido en la plaza.

En medio del relato, aprovechó para explicarle que había pensado ir a la biblioteca y buscar información por sí mismo. Consternado por la negativa de su progenitor, bajó la mirada al caldo.

—Además, mañana precisamente es domingo. No encontrarás nada abierto y, aunque lo estuviera, esas historias no son asunto tuyo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su hijo—. ¿No puedo tener curiosidad? Su padre carraspeó y miró de reojo a su mujer.

—¿Tú no querías ser cazador? Pues dedícate a ello. —De nuevo, su padre tampoco lo miró—. Además, son temas delicados de los que no se puede hablar en público. Es un asunto muy peligroso.

—Voy a obviar lo que has dicho sobre cazar —apuntó su hijo con voz gélida—. Pero sigo sin entender por qué no se me deja...

—¡Ni falta que te hace! —lo interrumpió su padre—. Tú mismo decidiste dejar la escuela, lo respetamos. —De nuevo habían llegado al punto de la conversación que siempre tocaban cuando discutían—. Todas esas historias nublan tu mente y te descentran de tus obligaciones.

Odiaba cuando su padre se ponía tan recto. Era imposible llegar a un acuerdo con él. Buscó en vano ayuda en los ojos de su madre. Resignado, siguió comiendo hasta vaciar el plato. Nadie habló hasta que no quedó nada que comer en la mesa. Aquel instante de cena, ideal para compartir anécdotas del día, se hacía insufrible desde que comunicó que no quería seguir estudiando.

—Aren, quiero que entiendas que no puedes hablar de esta conversación con nadie de fuera de esta casa. —Su madre rompió el hielo—. No me gustaría que te arrestaran por hablar más de la cuenta.

—Es imposible hablar de lo que se desconoce —musitó en voz baja.

—Ya es suficiente, muchacho. —Su padre alzó un poco más la voz—. Bastantes problemas tenemos como para que tú, nuestro hijo, añadas uno.

Agachó la cabeza. No le convenía enfadar a su padre. Recordó la situación que vivía la ciudad desde la partida del rey hace unas semanas. El temor y la crispación se habían instalado e incluso habían cambiado los hábitos de la gente. También, su padre regresaba más tarde que nunca a casa por las noches.

—No diré nada, madre —dijo mientras se levantaba de la mesa.

—Mañana por la mañana iré a ver si han soltado a Lom —anunció su padre—. Los domingos hay poca gente en la prisión. Saben que soy amigo suyo.

—Él mismo se lo busca —opinó ella—. Si sigue así se puede enfrentar a una pena mucho mayor que pasar unas horas en el calabozo. —Le hizo un gesto para que se sentara de nuevo—. Y no soy la única persona que lo piensa. Esta vez ha ido muy lejos.

Me decís que no hable del tema y vosotros aquí parloteando, pensó para sí.

—Me levantaré a primera hora y así evitaré oír chismorreos. Luego podemos ir a comprar al mercado, Martha —dijo su padre—. ¿Tú qué harás?

Aren sabía que se estaba refiriendo a él. Intentó que no se le notara el enfado y miró por primera vez a su padre a los ojos.

—La armería está cerrada mañana. —No mentía. Los domingos no se cazaba en la región—. No tengo ni idea.

Su padre permaneció con el semblante serio. Convenía pensar en una mejor contestación.

—Quizás me quede en casa o vaya a ver a Jonás.

Su progenitor parecía querer leerle la mente.

—Eso es, creo que iré a casa de Jonás.

—En ese caso, a dormir —dijo su padre—. Y recuerda...

—No diré nada a nadie —repitió su hijo en un canturreo.

Cruzó la casa hasta su habitación y cerró la puerta tras de sí. A lo lejos los oía hablar en susurros, pero pasó completamente de meterse en más problemas. Se quitó las botas negras antes de tirarse en la cama. Podían ordenarle lo que quisieran, pero Aren no dejaría de pensar en la historia

que Lom había empezado en la plaza. Imaginaba los lugares que aquellos guerreros habían defendido en lejanas épocas. Sintió envidia por no poder visitarlos, por estar allí atrapado.

La puerta de sus padres se cerró, momento que el muchacho aprovechó para volver con sigilo a la cocina. Apoyado sobre la mesa, reprodujo en su mente la conversación con ellos. Notó el recelo y el más que probable miedo al percatarse del interés de su hijo por oír aquella historia. Como tantas otras noches, se sentó en silencio en el asiento de su padre mientras tenía una sola cosa en mente: los guerreros Tamak. ¿Quiénes fueron? ¿Qué pasó con ellos? No tenía respuesta para eso porque don Pídramo, su viejo maestro de la escuela, jamás le había contado nada.

Su mente inquieta lo empujaba a no quedarse en la conversación. Determinó que esperaría a hablar con Lom. Hallaría la forma de charlar con él. Pero, ¿y si él avisaba a sus padres? Siempre paraba por casa, mínimo una vez por semana. Era demasiado arriesgado. ¿Y por qué no su antiguo maestro? Apenas salía de casa para ir a la escuela y en pocas ocasiones se le veía por la calle los fines de semana. ¡Sí! Esa era una mejor opción. Sus padres no se enterarían con tanta facilidad. Además, confiaba en su profesor. Le daría las respuestas que necesitaba. Sonrió satisfecho y tocó levemente la mesa con los nudillos. Pensó en madrugar y esperar a que su padre se fuese. Estaba convencido de que, al volver de la prisión, acompañaría a su mujer al mercado para evitar las odiosas aglomeraciones.

Era el plan perfecto.

2. EL MENTOR



salió a la perfección.

Se levantó como un resorte al oír cerrarse la puerta de su casa. No recordaba haberse vestido tan rápido en meses. Añadió a su ropa diaria su mejor prenda, una capa negra de terciopelo que su padre le había regalado hace dos años, y se puso las botas negras que usaba exclusivamente los domingos. Finalmente, se inclinó por portar un sombrero largo y negro para ir con la cabeza bajo la visera y así evitar ser identificado por cualquier conocido.

Apenas se cruzó con alguien por las calles mientras iba en sentido contrario al mercado. Don Pídramo vivía en las afueras, alejado del bullicio, en una casa de dos plantas situada al norte de la ciudad. Su casa, de pared blanca y dos ventanas de madera con hierros en forma de cruz, tenía una solemne puerta de roble con un pomo con forma de águila con las alas plegadas. Aren reconoció la figura como el escudo de armas de la familia de su maestro, los Vemagar, una antigua casa de la Bahía de Lipat, de la cual era el último miembro.

Tocó sutilmente la puerta y esperó a oír movimiento en el interior.

—Una mente tan curiosa como la tuya no podía quedarse en casa —dijo el septuagenario, de mediana estatura, delgado, con una barba grisácea que le rodeaba el rostro y ataviado con un batín azul oscuro.

Aren se encontraba en el vestíbulo mientras esperaba a que el anfitrión cerrase la puerta. Miró a ambos lados: dos arcos de medio punto a izquierda y derecha marcaban las entradas a dos estancias, y en medio una escalera conducía al segundo piso.

—No me has dejado tiempo ni para vestirme correctamente. Aunque si te digo la verdad, anoche intuí que vendrías en cuanto supe lo de Lom.

Oír de nuevo la voz arrastrada de don Pídramo fue como retroceder en el tiempo. Sintió que volvía a clase a copiar las lecciones hasta apren-
dérse las. Aun retenía en su memoria la lista de los reyes del Este, la cual
recitaba de vez en cuando mientras iba a cazar. Aquel hombre era como
un padre para él. Lo había visto crecer y hasta cierto punto comprendía
el porqué de su decisión de abandonar la escuela.

—Pensé en usted nada más llegué a casa —lamentó mentirle así de
primeras, pero sabía que no conseguiría nada si no halagaba al anciano.

—Y supongo que tus padres no sabrán que estás aquí. —Su sonrisa
sonrojó a su antiguo alumno. Si en algo era experto era en saber si sus
pupilos habían hablado o no con sus padres. Solo así había conseguido
hacerse respetar a lo largo de cuarenta años de enseñanza—. ¿Qué estás
buscando exactamente?

Abandonaron el vestíbulo y entraron en el salón de la izquierda, una
estancia con altas estanterías en la pared de al frente y a la derecha. La luz
que entraba por la ventana de la izquierda iluminaba el lugar. Aren perma-
neció de pie cerca del umbral, observando la mesa que había en el centro
de la sala, sobre una alfombra de colores vivos. Recordó la cantidad de
veces que había estado ahí de pequeño. Don Pídramo solía traerse a casa
a los alumnos que se habían portado mal en la escuela y allí permanecían
copiando hasta la hora de la cena, cuando sus padres iban a recogerlos.

—Muchacho...

—¿Ehm? —El aludido se quedó embobado recordando aquella vez
que su padre lo obligó a continuar el castigo en casa.

—¿Qué estás buscando exactamente?

—Algo que tenga relación con la historia del Reino —dijo encogién-
dose de hombros y llevándose las manos a los bolsillos.

El anciano profesor puso sus brazos en jarra y aguantó un par de segun-
dos. Solía hacerlo cuando un alumno no respondía bien a las preguntas.

—¿Algo en específico? —inquirió el anciano.

Aren no sabía decir exactamente lo que quería. Tenía recelos de que su
mentor le reprochara su comportamiento y que se repitiera la misma char-
la que tuvo con sus padres la noche anterior. Por primera vez encontró una
brecha en su magnífico plan: no sabía cómo pedirle el libro que buscaba.

—Algo que tenga que ver con la época anterior a la fundación del Reino —habló sin pensar, así que bajó inconscientemente la mirada a la alfombra.

La figura del anciano se paseó por la sala. Resopló en varias ocasiones llevándose el índice y el corazón de la mano izquierda a la boca, como hacía en clase. Flexionaba y luego extendía los brazos para leer con atención los lomos de los libros. Solo cuando los observó todos, tras un intervalo de tiempo que a su pupilo le pareció una eternidad, don Pídramo regresó adonde estaba.

—Me temo que no tengo lo que andas buscando.

Mi gozo en un pozo, pensó. No se moleste.

—Puede que lo haya prestado y todavía no me lo hayan devuelto.

—Miró de nuevo al trozo de la estantería más cercana—. Mi memoria empieza a fallar.

Quién lo diría, pensó Aren. Hizo un esfuerzo por no reírse.

—Lo entiendo, maestro. —Aceptó que su plan no había salido bien—. Si conoce a alguien que tenga esa clase de libros...

—¿Puedo preguntar por qué tanto interés? —inquirió—. No puedo negar que siempre has mostrado una gran curiosidad por todo, pero, ¿por qué tanto interés por lo que oíste anoche?

Otro como mi padre. ¿No puedo tener interés? Se encogió de hombros para quitarle hierro al asunto.

—No recordaba haber dado eso en clase, así que sentí curiosidad.

—La curiosidad es buena, muchacho, pero también es un potente veneno —dictaminó el profesor—. ¿Habías oído antes la historia?

El joven negó con la cabeza.

—¿En ninguna parte?

—La palabra Tamak no es muy usada —respondió.

Se produjo un silencio incómodo.

—Por un momento llegué a pensar que ese zoquete te había lavado el cerebro.

Aren supo que se refería a Lom.

—Pobre, mira que se lo dije. —Condujo al vestíbulo a su invitado con el brazo, pero esta vez a la estancia de la derecha, donde se abría un

austero comedor con una mesa de madera con cuatro sillas y un sillón apartado junto a la luz que se filtraba por la ventana de la derecha—. ¿Quieres tomar algo?

—Ni siquiera he desayunado. —Apuntó con su dedo a la fruta que reposaba en un plato.

—No gracias, ya he desayunado. —Era mentira. Lo último que había digerido era el caldo de la noche anterior, pero le sabía mal aprovecharse de los manjares de su mentor, que estaba tan delgado—. Muchas gracias por el ofrecimiento.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. —Don Pídramo cogió un par de uvas y se sentó en el sillón—. ¿A qué tanta curiosidad?

—Es solo eso, curiosidad.

—¿No habrás pensado en volver a la escuela? —La tensión aumentó. Aquel hombre no ocultaba que deseaba tenerlo de nuevo entre sus alumnos. Para él no era demasiado tarde—. Sería una brillante noticia. —Torció el gesto al ver que su huésped no abría la boca—. Pero volviendo al tema, no te dejes engatusar por una historia contada por Lom.

—¿Se sabe algo de él?

—Se ha metido en un buen lío. —Mojó sus labios como solía hacer en clase mientras explicaba la lección—. No lo retendrán mucho tiempo. Imagino que estará en casa antes del mediodía. No le interesa al que manda tenerlo mucho tiempo encerrado.

—¿Tantos problemas ha dado como para que se le encierre? No sé, creo que se está exagerando un poco. —Pasó por alto el sorpresivo rostro del anciano—. Conozco a Lom desde que alcanza mi memoria, no haría daño a nadie.

—El Lom que cena en tu casa no; el que subió ayer a la tarima...

Ahora fue él quien no entendió las palabras de su antiguo maestro

—... quizás. Uno debe tener cuidado con lo que dice. —Se llevó la última uva a la boca—. Lo soltarán y si es listo sabrá que es mejor que esté callado una temporada.

—Anoche hablé con mis padres de eso —arrojó sin saber por qué—. Bueno, lo intentamos.

—Tu padre opinará lo mismo que yo. —Se levantó del sillón y se ató con fuerza la cuerda de seda de su batín—. Pero intuyo, querido, que no deseas seguir hablando de Lom. ¿De qué quieres hablar, pues?

Abrió la boca para formular la pregunta que llevaba pensando desde que había despertado, pero la frase no le salió. Lo pensó dos veces mientras don Pídramo esperaba como un niño sus regalos el día de su aniversario. Sus marrones ojos se clavaron en los suyos, verdes e intensos; era como volver a estar en medio de una lección en clase.

—¿Qué puede contarme sobre los Tamak? —lo dijo tan rápido que ni siquiera pensó en cómo lo había formulado. Solo al acabar se dio cuenta de que había dado cuatro pasos hacia adelante—. Mis padres no han querido contarme nada y creo que hasta he soñado con la respuesta que sé que usted puede darme.

Llamaron a la puerta oportunamente. El anciano se movió con presura y regresó a la entrada. Desde su lugar, inmóvil, Aren se giró lentamente hasta ver una figura encapuchada no identificable oculta tras la espalda de su maestro, quien hablaba con el recién llegado en voz baja. Sin hacer ruido, retrocedió a la derecha del arco para no revelar su presencia. ¿Cuántas posibilidades habría de que quien fuese conociera a su padre? La curiosidad que lo había llevado hasta allí lo hizo asomarse ligeramente. Fue entonces cuando el anfitrión se separó del visitante y esperó a que este abandonase el lugar con un ligero gesto de su brazo.

Disimulando que leía los tomos de la estantería más cercana, dejó que su maestro volviese sobre sus pasos y se dirigiera a la cocina, justo en dirección contraria a la ventana, donde apareció una larga túnica morada de la que solo sobresalía una delgada mano que saludó al interior de la casa. Aparte de eso, el muchacho se fijó en una insignia dorada pegada al pecho que le resultó familiar. Justo cuando pensó si lo habían descubierto, escuchó a don Pídramo regresar al comedor.

—¿Quién era?

—Un viejo amigo. —Se fijó en que el anciano portaba una cajita de madera—. ¿De qué estábamos hablando?

—De los Tamak. —Intentó mirar la cajita, pero justo su mentor la ocultó con el cuerpo.

—Ah, sí. —Se tocó la barba con las manos—. Me temo que no puedo serte de ayuda.

¿Cómo que no puede? Después de que hemos estado hablando de que no me deje engatusar por Lom... ¿me suelta esto? Intentó que no se notase su indignación.

—¿De verdad que no tiene nada por casa?

—Muchacho, ahora mismo no es necesario que sepas todo eso —lo cortó con educación, como siempre trataba a sus alumnos, pero él no entendió su cambio de actitud—. Tu labor ahora mismo es...

—La caza, sí —lo interrumpió—. Eso mismo dijo mi padre. —Cerró los ojos un instante. ¿Por qué tenía que repetirle ese comentario ahora?

—Tu padre es un hombre sabio. —Se aprestó a conducir al joven en dirección a la salida—. No mejoran las cosas por casa, ¿verdad? —El maestro parecía leerle la mente.

—Mi padre...

—Aún no acepta tu decisión, lo sé —dijo—. Hablé con él en su día. Ya sabes que intercedí para que no te mandara al continente.

—Ya lo recuerdo —asintió el joven rememorando que, semanas después de abandonar la escuela, su padre pensó enviarlo a la obra de un amigo suyo en Kalñ, pero desistió en esa idea gracias a la intervención de Lom, don Pídramo y su madre, que no quería perderlo de vista.

—No temas por tu padre, acabará acostumbrándose a la situación. Quizás espera que tu decisión sea algo temporal y acabes dedicándote a otra cosa. A tu edad yo no tenía claro qué hacer. Por aquel entonces quería dedicarme a mi familia, gestionar las tierras de mi padre, por ejemplo. Luego me di cuenta de que mi vocación era enseñar. —Le sonrió—. Volviendo al tema que nos importa: muchacho, no te centres en historietas. Céntrate en el día a día. Eres joven para pensar en algo que ocurrió hace cientos de años. La mayoría de la gente ha olvidado, en gran parte, su historia. Es más cómodo no atarse a esas cosas.

El muchacho no dio crédito. Aquellas palabras no encajaban en las opiniones que el anciano daba en sus clases.

—Me temo que tendremos que posponer esta conversación. Comprenderás que tengo un montón de cosas que hacer. —Abrió la puerta principal con una asombrosa rapidez.

¿Qué cosas tiene que hacer un domingo?, pensó. Cruzó la puerta con parsimonia mientras el brazo de su maestro lo apremiaba.

—Habla con tu padre. Intenta hacerle ver que te estás labrando un futuro —le aconsejó entornando la puerta cuando Aren salió a la calle—. Y si cambias de opinión, pero tampoco quieres volver a estudiar, tengo conocidos que necesitan gente joven y fuerte para trabajar.

—Lo pensaré detenidamente —mintió. ¿Quién iba a querer contratar a un cazador que vivía de la compasión de sus compañeros?

—No pienses tanto en el oficio de cazador, querido. Vales más que un arco y una flecha.

—Que tenga un buen día, don Pídramo.

—Sí, igualmente —respondió con voz seca y le cerró la puerta prácticamente en las narices.

¿Por qué tenía tanta prisa? Un tanto indignado, volvió sobre sus pasos y empezó a callejear. Su plan había fracasado estrepitosamente. No tenía ningún libro y ni tan siquiera información. ¿Y ahora qué? ¿Volvería a su casa a tener otra charla con su padre? No, ni en sus mejores sueños. Prefería perder toda la mañana y la tarde en casa de Jonás a aguantar otra charla como la de la noche anterior.

Al pensar en ello se detuvo. Una descarga de alegría recorrió su cuerpo y lo reactivó a pesar del fallo de su plan. ¿Cómo no había caído antes? Recordó las palabras que había dicho horas atrás: «Quizás me quede en casa o vaya a ver a Jonás», y al hacerlo esbozó una sonrisa mientras giraba sobre sus pasos. Jonás vivía apenas dos calles al sur de la suya. A simple vista era la casa más voluptuosa de la zona y la envidia de casi todos los vecinos. Estaba construida de dura piedra traída de las montañas, tenía dos pisos de altura con buhardilla, mampostería de madera en la fachada y ventanas del mismo material que se abrían desde dentro. Aquel lugar era el reflejo de la fortuna que ostentaba el padre de su compañero, un conocido comerciante de la ciudad, cuya primera decisión fue echar abajo su antigua casa y construir la que tenía ahora.

Su mejor amigo tenía una vida acomodada y casi resuelta que le permitía seguir estudiando hasta la mayoría de edad, donde ya decidiría qué hacer. Eso no resultaba un problema para el muchacho, dado que era el estudiante que halagaban los adultos y criticaban la mayoría de sus compañeros, burlones y envidiosos. Sin embargo, aquel buen pasar no escondía la carencia de su figura paternal. En la memoria de cualquier habitante de Darret estaba el recuerdo del naufragio de su padre frente a las costas de Narka, donde viajaba para zanzar un negocio. El temporal y las angostas costas de la isla hicieron imposible el rescate de los cuerpos y en el funeral, al que acudió gente de todas partes del reino, enterraron un ataúd vacío que su fiel esposa e hijo visitaban tres veces por semana.

—Buenos días, Theodora —saludó tras esperar unos instantes después de golpear tres veces con los nudillos la puerta de madera—. Creía que estabas en el mercado como mis padres, pero veo que no.

La sonrisa de una mujer alta, delgada y con el pelo rubio rizado lo saludó desde el umbral y lo invitó a pasar.

—Nos hemos levantado hoy más tarde. —Aún llevaba puesta la bata rojiza que arrastraba por el suelo y que se aseguraba de quitar las pocas motas de polvo que podía haber—. ¿Has venido a sacar a mi hijo de casa?

—He venido a hablar con él, luego me marcharé a la mía. —Miró los cuadros y las cabezas de ciervo colgadas en el vestíbulo.

—Anoche estuvo repasando para un examen que tiene el martes. Hace un rato lo he visto ojeando un libro que sacó de la biblioteca. —Le sonrió con dulzura—. A ver si puedes despegarlo de la lectura por un rato.

—Haré lo que pueda.

Cruzó el vestíbulo hacia la izquierda, donde una arquería de piedra daba acceso a una sala repleta de estanterías. En el centro había una larga mesa rectangular de madera, con sillas de respaldos y bracerías acolchadas. Sobre esta, colgada del techo, había una araña de candelabros. Nada que envidiar a la biblioteca de don Pídramo, pensó para sí al apoyarse en la mesa. El crujir hizo que desde el lado contrario de la mesa un joven de diecisiete años, delgado, de pelo azabache y tez morena con ojos azules alzase la mirada de su lectura.

—Vístete mejor —dijo Aren fijándose en la bata añil que llevaba puesta—. Hace un día estupendo para ser invierno. —Descorrió las cortinas de la ventana más próxima y señaló al cielo—. No hay nubes. Perfecto para dar una vuelta.

—Al contrario que tú, mi astuto amigo cazador, tengo obligaciones. —Jonás volvió a su lectura—. Deja que termine el capítulo, está muy interesante.

—Lo siento mucho, pero no puedo esperar. —Le quitó el libro. ¿Qué te piensas que no tengo obligaciones?, estuvo a punto de señalar. Lo dejó sobre la mesa e ignoró la mirada asesina de su amigo—. Además, necesito tu ayuda.

—¿Por qué será que siempre que vienes es porque necesitas mi ayuda? —Se levantó.

—Sabes que eso no es del todo cierto —puntuó mientras se paseaba alrededor de la mesa—. Busco un libro, de historia a ser posible.

—Si buscas lo que estoy pensando no lo encontrarás aquí.

Aren puso los ojos en blanco. Aquello empezaba a resultar incómodo. Ya había dos sitios donde no estaba el libro que buscaba.

—Me ha llegado la noticia de lo de Lom en la plaza —comentó Jonás.

—¿Cómo? —Nada más abrir la boca, Aren pensó en lo absurdo de su pregunta. La gente gustaba de hablar por las calles. Solo había que asomar la cabeza y escuchar atentamente lo que se decía, y en eso su amigo era todo un experto.

El chico rubio avanzó hacia la estantería de su derecha y sacó entre los tomos un pergamino enrollado. Al abrirlo, el extremo contrario llegó hasta el suelo.

—El inventario de libros, ¿eh? —bromeó Aren—. Una lectura muy amena.

—Si quieres echarle un vistazo, es todo tuyo. —Le ofreció el pergamino—. No lo he mirado a fondo.

—Me fío de ti.

—En este caso, no puedo ayudarte. —Volvió a plegar con cuidado el pergamino.

—Lástima, eras mi segunda opción. —Se dejó caer en la silla más cercana.

—Una ofensa para mí. ¿Quién fue la primera? —Él mismo sabía la respuesta—. ¿Y no tenía nada?

—No, además se ha comportado de un modo extraño. Me habló como siempre, pero luego recibió una visita y se alteró.

—¿Una visita? ¿Quién?

—No lo sé.

—¿No pudiste verle la cara?

—No, pero debía ser alguien importante para él. E iba bien ataviado...no quería ser visto.

—Don Pídramo conoce a un montón de gente y no solo de la ciudad —dijo Jonás—. Puede que fuese alguien del continente.

—Quizás tengas razón. —Toqueteó la mesa con los dedos haciendo una melodía—. Iré mañana a la biblioteca. Espero encontrar algo allí.

—¿Antes o después de cazar?

Interrumpieron la conversación al oír los pasos de su madre.

—Querido, viene tu amigo y aún estás vestido así —le recriminó.

Aren amagó una carcajada con una leve sonrisa.

—Iré a cambiarme —resopló el otro no muy convencido.

Su madre se giró y volvió a la cocina, al fondo del vestíbulo, cerca de unas escaleras de caracol por las que Jonás desapareció. Atraído por el fuego, el joven siguió a Theodora y la observó desde el umbral para ver cómo cocinaba una cazuela a fuego lento.

—Tiene buena pinta. ¿Qué es?

—Un plato que aprendí en Karg —respondió.

La madre de su amigo no era natural de Darret. Se había criado en la lejana República de Karg, donde conoció a su difunto marido en uno de los viajes de este a Manath, la capital. Fue un amor fugaz, como el de esos relatos que a la gente le encantaba canturrear o leer, tan puro que le hizo dejar atrás su hogar y echar raíces en la península de Vorkma. Tras la pérdida de su esposo, se rumoreó que regresaría con su familia al sur, pero esas habladurías quedaron en nada cuando decidió quedarse y cuidar de su hijo, aunque ello ocasionase la llegada de herederos de muchas casas y caballeros arribistas con la intención de volver a desposarla.

—¿Cómo van las cosas por casa? —preguntó la mujer.

—Dejémoslo en que van.

La mujer conocía la situación como cualquiera que conociese un poco a la familia.

—Anoche discutimos por lo de Lom —complementó el chico.

—Tu padre valora lo que haces. —Removió la cazuela con una cuchara de madera—. Aunque no te lo diga.

No sé de dónde saca eso, se dijo y llevó las manos a los bolsillos.

—Yo no veo que lo demuestre. ¿Te ha dicho algo?

—Esos son asuntos de mayores —le sonrió—. Te aconsejo que tengas paciencia con él. Al fin y al cabo, es tu padre.

Arriba, en su habitación, Jonás emitió un grito ininteligible.

—Mira a ver qué es lo que quiere —le pidió la mujer—. Y que no tarde mucho en bajar.

—Descuida —dijo el muchacho, pero cuando fue a subir los peldaños se encontró a su amigo a mitad camino.

—Bueno, mamá, nos vamos —anunció—. ¿A qué hora me quieres por aquí?

—Aún tardaré un buen rato, puedes irte con tranquilidad.

—Muy bien, pues... Nos vamos. —Se despidió de su madre dándole un beso en la mejilla.

—Tened cuidado, y Aren —dijo antes de que el muchacho se perdiera de vista—, recuerda lo que te he dicho.

—Lo tendré en cuenta, Theodora. Muchas gracias.

Decidieron dar una vuelta por las afueras de la ciudad, lejos del bullicio dominical. Pasearon por los prados nevados y los bosquecillos de la ciudad, siguiendo el curso del río Nert hasta llegar a sus puentes más antiguos. Allí decidieron sentarse en el lado exterior del pretil, observando la capa de hielo que antes era la corriente. Y tras hablar de sus clásicos temas, como las clases y las jornadas de caza, su amigo decidió sacar uno que llevaba días deseando contar.

—En dos años me iré a una escuela superior. —La noticia significaba algo bueno para su amigo, pero no para él. Jonás había previsto marcharse de la ciudad una vez acabada la escuela. Tenía los medios, su padre había sido un hombre muy conocido y sin duda eso le abriría las puertas de muchos lugares. Podía cumplir el deseo de Aren, salir de allí y ver

mundo—. Al menos eso tengo planeado —dijo intentando maquillar sus palabras, pero era inevitable—. Barajo la opción de Manath, pero mi madre estará más tranquila si escojo Kalñ. Allí hay escuelas superiores en las que estoy interesado y estaría más cerca de todos.

—Suená bien —dijo con un nudo en la garganta mientras fijaba su vista en una pequeña grieta en el hielo. La alegría del paseo se esfumaba por instantes—. Siempre he dicho que eres un estudiante prodigioso. Darret se queda pequeño para ti. —Se giró hacia el interior del pretil y lo bajó de un salto.

—Podrías venirte conmigo —dijo Jonás a su espalda—. A Kalñ.

—¿Y qué hago yo ahí? —le dio la espalda para que no notase su nerviosismo—. Yo soy cazador. ¿De qué iba a vivir yo?

—Hay una academia militar en Kalñ —continuó su amigo—. Podrías alistarte para dentro de dos promociones.

La Academia Militar de Kalñ era la más importante del reino. De ahí salía la mayoría de los oficiales del Ejército del Este. La idea de alistarse no lo incomodó, como cazador sabía dominar medianamente el arco, así que con esfuerzo y dedicación podría ser explorador o quién sabe si cultivar otro oficio. La vida militar podía ser el puente para algo mejor, le pagarían y no dependería de sus padres.

—Viviríamos allí juntos... —susurró Aren y se dio la vuelta, contento de que su amigo hubiese tenido una brillante idea para contar con él

—Es una buena forma de decirlo —sonrió—. Las academias militares y las escuelas superiores proporcionan habitaciones a los que no viven allí. Con un poco de suerte, podemos vivir cerca el uno del otro. Creo que los años en lo tuyo son cinco, lo mío son cuatro.

—Viviríamos sin nuestros padres —esbozó una sonrisa más amplia mientras cruzaba hacia el otro lado del puente, donde comenzaba un sendero nevado que bordeaba el río en sentido contrario a la ciudad—. Volveríamos solo en ocasiones especiales. No tendría que aguantar a mi padre.

—¿Alguna novedad por casa?

—Todo sigue igual. —Hizo vaho al abrir la boca—. Él querría que yo siguiera con los estudios, lo noto en su mirada.

—Don Pídramo aún alberga esperanzas. Piensa que si lo cogieras con ganas no tardarías en adaptarte al grupo.

Los dos sabían que eso no iba a ocurrir. Su mejor amigo era el único habitante de la ciudad que conocía sus pensamientos e inquietudes y, por tanto, había aceptado hacía tiempo que Aren no iba a dar marcha atrás.

—Le comentaré tu idea a mi padre.

—Todos salís ganando. Os libráis mutuamente de ambos durante un tiempo.

Avanzaron por el sendero en silencio, acompañados por el ruido de los pájaros en los árboles desnudos, secos y fríos en esa época. Conocían cada palmo del camino después de cinco años recorriéndolo. Calcularon que tardarían algo más de una hora, y si no erraban volverían a sus casas justo a la hora de la comida. Como su paso era firme y seguro, aprovecharon el siguiente puente para tirar unas pocas piedras y así rajar la gélida capa de hielo. Luego, al reanudar la marcha, recordaron anécdotas de cuando eran pequeños y se rieron a muela suelta, olvidando sus obligaciones y sus problemas en casa. Fue en mitad de aquellas risas cuando el sonido de otra conversación los alcanzó.

—Y entonces le dije a mi padre, ¿por qué no usarla? ¿Para qué tenerla en casa cual reliquia? Si la he fabricado yo... soy yo quien decide qué hacer con ella.

Los dos muchachos conocían esa voz. Tres jóvenes avanzaban hacia ellos a paso acelerado. Todos iban ataviados con grandes abrigo de piel blanca para camuflarlos en la nieve y con una gruesa bufanda para impedir que el frío entrase por el cuello. El de en medio iba equipado con una ballesta.

—Dichosos los ojos que te ven, Aren —dijo precisamente el de la ballesta, quitándose la capucha del abrigo y dejando ver la cara de un adolescente de la misma edad que la suya, con una pálida piel y pelo acortinado—. ¿Qué es de tu vida?

—Me alegro de verte, Bred —dijo con voz arrastrada.

En realidad, mentía. Bred Mapovski era el primogénito de uno de los hombres más poderosos de la ciudad, condición suficiente para que

desde pequeño se pavoneara delante de compañeros como Aren, a quien consideraba inferior por ser el hijo de un maestro de obra. Si algo agradecía de no pisar la escuela, era de no tener que aguantar a aquel ególatra. Sus acompañantes eran los hermanos Egard, Martus y Filias, quienes, en opinión de los demás chicos de su edad, eran unos zoquetes cuyo único propósito en la vida era seguir a alguien más listo y con más agallas que ellos. Los Egard eran como dos gotas, más altos y corpulentos que su acompañante, de corto pelo rubio.

—¿Qué es de tu vida, cazador? —insistió Bred avistando una risa malévola—. ¿Has cazado algo interesante que pueda comer esta noche?

—¿Qué te trae por aquí, tan lejos de tu padre? —preguntó Jonás, a quien tampoco le caía bien—. ¿Buscas un lugar donde creerte el rey?

—En realidad estábamos explorando —contestó—. Íbamos a la Cueva del Lobo.

—Eso queda lejos del camino —dijo Aren.

El sitio al que se referían era una cueva al suroeste de la ciudad cuya cavidad guardaba un gran símil con la cabeza y las fauces de un lobo. Aquel lugar había servido de refugio para la fauna de la zona, aunque en los últimos tiempos los cazadores comentaban que en aquella zona no había nada excepto ratas, lo que alimentó rumores sobre eventuales adoradores de lo oculto o ceremonias alrededor de una hoguera.

—¿Tienes miedo de no volver a casa, cazador? —preguntó el primogénito de los Mapovski.

Aren apretó los puños y la mandíbula. Sintió unas terribles ganas de pegarle un puñetazo en la cara, pero por no tener líos con su padre se contuvo. Después de meses sin verlo, aquel muchacho seguía siendo igual de prepotente y problemático, por lo que concluyó de nuevo que dejar la escuela había sido la mejor solución para alejarse de personas como él, a la vez que lamentaba que gente como Jonás tuviese que aguantar sus impertinencias en un aula.

—¿Y qué hay en la cueva que merezca la pena ver? —preguntó.

—Ayer por la tarde estuvimos andando por la zona y oímos ruidos extraños. Quizás sean lobos.

—Imposible. Si hubiera, los cazadores lo sabríamos y habríamos avisado a las autoridades.

—¿Qué pasa que ahora te las das de listo por tener un arco y una flecha? —se burló su antiguo compañero.

—¿Y qué pensáis hacer allí? —esta vez fue Jonás quien habló antes que su amigo.

—Investigaremos por nuestra cuenta —dijo Martus con la voz ronca—. Nosotros tres nos bastamos.

Me gustaría ver eso, caviló. Puso los ojos en blanco, por dentro se reía. Llevaba tiempo cazando como para saber que un «señorito» como Bred Mapovski no apuntaría a nadie con un arma y menos dispararía, a pesar de lo presumido que era.

—Bueno, ¿venís u os quedáis aquí como dos pasmarotes?

La chulesca pregunta de este desató una risotada unísona de los Egard. Aren no pudo evitar reírse para sus adentros. Eran unos palurdos cobardes que se cagarían de miedo si encontraban algo fuera de lo esperado en la cueva, por mucha ballesta que tuviera su líder. Quizás por ver con sus propios ojos qué iba a suceder, o simplemente por hacer algo diferente, aceptó la propuesta.

